

to, que es propio de los justos, fue como un rayo, que acabó de aterrar al demonio, y al Proconsul su Ministro. Este último se vió obligado á rendirse, y gritó á sus verdugos, diciéndoles: Basta por ahora: quítenlo de ahí; pero métenlo en una estrecha prision. De este modo le reservó para nuevos tormentos, que debian ser dignos de tal varon para consumir su martirio.

Entretanto, el Presbytero Saturnino estaba tendido sobre el potro. La sangre de Dativo mezclada con la de Telica, de las quales aún estaba humeando esta máquina, le advertía perseverase como ellos en la Fe, por la qual uno, y otro acababan de derramar las suyas. Preguntóle el Proconsul, si no era en su casa en donde se habia tenido la última asamblea de los Christianos. El que buscais, exclamó Emérito (1), rompiendo por entre la gente, y metiéndose entre el Proconsul, y Saturnino, aquí está, yo mismo soy: sí, mi casa es la que ha servido para celebrar la Colecta. El Proconsul, que habia sido ya vencido tantas veces, bramó de cólera á vista de Emérito. Hizo, pues, como que no le habia visto, ni oído lo que decia; pero ocultando su turbacion interior baxo de un exterior tranquilo, continuó preguntando á Saturnino: ¿Cómo, le dice, cómo has hecho esta asamblea en perjuicio del edicto de los Emperadores? Porque la solemnidad del Domingo, respondió Saturnino, no se

(1) Era Lector.

se puede excusar: el mandato del Señor es formal; y la Ley de Dios lo pide. Ninguna ley, replicó el Proconsul, puede autorizar una desobediencia tan criminal como la vuestra. Cumplid con vuestra obligacion, les dixo, volviéndose hácia los verdugos. Animados estos hombres á la carnicería, por la vista de la sangre que la rabia de los Tiranos les hacía derramar todos los dias, no aguardaron segunda orden: arrojáronse con toda la rapidez de las aves de rapina sobre el cuerpo del Santo anciano; pero este apenas se puede ya sostener: con dificultad se mantienen los miembros unidos unos con otros: los nervios, que los juntaban, se rompen: los huesos descubiertos muestran desnudamente su blanca superficie, teñida de colorado. Causa horror esta vista. El Martir mismo se conmueve. Acude á Jesu-Christo: Oyeme, ó Jesus mio! le dice. Señor, yo os doy gracias: haced que me corten la cabeza: Jesus, tened misericordia de mí: Hijo de Dios, venid en mi socorro. Viéndole el Proconsul en este estado, le dice: ¿Por qué tú no has obedecido? Pero el Presbytero le respondió: La Ley lo prohibía; la Ley mandaba lo contrario. ¡O respuesta admirable! ¡ó Sacerdote no bastantemente alabado! ¡ó Santo Doctor de la mas santa de las Leyes! El anuncia, él pública, él predica la Ley en medio de los tormentos. A esta palabra Ley, Anulino se pone pálido, se desconcierta, tiembla, y de repente detiene á los verdugos. Envía al Sacerdote á la



prision, resuelto á hacer con él despues un exemplar con otro mayor castigo.

Ponen en su lugar á Emérito. ¿Con que tu casa, le dice el Proconsul, ha servido á estos impíos para celebrar su Colecta? Así es, respondió Emérito: en ella hemos hecho la solemnidad del santo dia del Domingo. P. ¿Por qué les permitías tú la entrada? no sabías muy bien que esto era contra la intencion de los Emperadores? E. ¡Yo les había de prohibir la entrada en mi casa! Si son mis hermanos, ¿cómo no había de recibirlos? P. Pero tú lo debias hacer. Eso no se puede hacer, respondió Emérito: el Domingo entre nosotros es una obligacion indispensable. Al punto le tienden sobre el potro, y se presentaron para atormentarle otros nuevos verdugos. En lo mas fuerte de sus dolores exclamaba el Martir: ¡O Jesus! venid en mi socorro. Infelices, vosotros os haceis culpables de un gran pecado. Pero interrumpiéndole el Proconsul, le dixo: No te era lícito recibirlos en tu casa. El respondió: ¿Con que no habia de haber recibido en mi casa á mis hermanos? Pero la voluntad de los Emperadores, replicó el sacrílego Proconsul, debia prevalecer á todas esas consideraciones. Ah! qué es lo que decís? replicó el Martir: la de Dios es la que debe prevalecer. Jesus, oíd mi súplica: yo os alabo, Señor: Jesus, dadme paciencia. Entonces interrumpiéndole el Proconsul, le dixo: ¿No tienes tú en tu casa esos libros, que vosotros los Christianos llamáis

las Escrituras? Respondió Emérito: Sí los tengo, pero los conservo en mi corazon. Respóndeme con formalidad, replicó el Proconsul: ¿Esas Escrituras están en tu casa, ó no? Ya os he dicho, replicó el Santo, que las tengo en mi corazon. Yo os alabo, ó Jesus, oíd mi súplica, escuchadme, libradme, en vuestro nombre sufro: mucho menos padezco de lo que quisiera padecer, pero padezco con alegría; Señor, no sea yo confundido. ¡O incomparable Martir! Os acordábais de lo que el Apostol decia de sí mismo, quando aseguraba que tenia la Ley del Señor grabada, no sobre tablas de piedra, sino sobre las de su corazon: no con una pluma mojada en tinta, sino con el dedo del Espíritu Santo en caracteres de fuego. ¡O fiel guarda de la Ley divina! El horror que teniais á los Traditores, y el temor de caer en semejante sacrilegio, os hacian conservar con cuidado esta Ley en el fondo de vuestro corazon. No pudiendo el Proconsul sacar otra cosa de él, dixo: Pues bien, que lo desaten, y que se escriban sus respuestas con las de los demas. Cada uno será examinado, y se tendrá cuidado de que todos reciban por su desobediencia, y su impiedad su merecido.

Harto ya de sangre el furor, comenzaba como á entibiarse, quando Felix entró á la disputa, y volvió á sacar de esta especie de languidez á Anulino. Mostrábase el Tirano como rendido: su voz baxa, y ronca daba á entender su abatimiento; y su alma llena de la terrible



idea de tantos tormentos , habia comunicado al cuerpo su cansancio , y su disgusto. Habló, pues , á los Confesores de un modo un poco mas suave que lo acostumbrado. Espero , les dice, que vosotros elegireis , por fin , el mejor partido ; esto es , el de conservar vuestra vida obedeciendo voluntariamente. Pero fue interrumpido por un grito , que se levantó de en medio de estos generosos hombres , que todos á una exclamaron : Somos Christianos , somos Christianos ; guardaremos los Mandamientos de Dios hasta dar la última gota de nuestra sangre ; y defenderemos su santa Ley á costa de nuestras vidas. Estas palabras , pronunciadas con calor , y á una misma voz , excitaron el furor en el alma del Tirano ; y dirigiéndose particularmente á Felix , le dixo con un tono bien diferente del que acababa de hablar : No te pregunto si eres Christiano , ¿ sino si has asistido á la Colecta , y celebrado el Domingo ? ¿ Y tambien si tienes en tu casa libros de tu Religion ? ¡ O necia , é impertinente pregunta ! Poco me importa , dice este Juez , saber si eres Christiano ; ¿ dime solamente si has estado en la Colecta , y si has celebrado el Domingo ? Como si un Christiano pudiese no celebrar el Domingo , ó el Domingo se pudiese celebrar sin el Christiano. Sábetelo , ó Satanás , que el Christiano hace el Domingo , así como el Domingo hace al Christiano ; y que lo uno no puede subsistir sin lo otro. Quando oigas pronunciar esta palabra Christiano , piensa en la asamblea de los

los Fieles , piensa en la Colecta ; y quando oyes el de Colecta , concibe á un Christiano. Esto es lo que el Santo Martir te vá á hacer comprender por su respuesta. Sí , respondió él : nosotros hemos celebrado este santo dia del Domingo lo mas solemnemente que hemos podido , y no hemos dexado pasar ninguno sin juntarnos para oír la leccion de la santa Escritura. Anulino ya no se acordó mas de su cansancio : esta respuesta se lo hizo olvidar : mandó , pues , que con un palo nudoso le diesen por tanto tiempo , y tan cruelmente á este Santo Lector , que en el momento mismo lo envió al Cielo desde esta vida. Siguióse inmediatamente otro Felix á este primero : y habiendo confesado como él , fue del mismo modo molido á palos ; y espiró tambien en medio de este horrible suplicio , y entró casi al mismo tiempo que él en posesion de la gloria merecida.

Ampelio , guarda de los libros santos , y fiel conservador de la Ley del Señor , apareció en el campo ; y preguntóle el Proconsul si habia estado en la Colecta : y respondió sin dudar : Sí , he estado con mis hermanos en la Colecta , he celebrado el Domingo , y tengo los libros sagrados , que me pedís ; pero es en el corazon donde los tengo. O Jesu-Christo , mi Señor , yo os alabo , yo os bendigo , oidme , ó Jesus. Esta respuesta le costó muchos golpes en la cabeza , que el Gobernador le mandó dar por un soldado armado de una manopla de hierro ; y despues fue con-



conducido á la prision, en donde entró como si fuese en una tienda real, ó un pavellon con alegría. Vino despues Rogaciano, confesó el nombre de Jesu-Christo, y sin que se le hiciese otra cosa, se le puso en la carcel con los demas. Igualmente confesó Quinto; y habiendo recibido muchos palos, siguió á sus compañeros en la prision. Despues de Quinto se presentó Maxímiano; confesó este, combatió, y triunfó como los precedentes. El joven Felix no aguardó que se le preguntase; previno al Juez, y le dixo en alta voz: El santo dia del Domingo es la esperanza, la salvacion, y la dicha de los Christianos. Esta confesion le costó, como á los otros, muchos palos; y mientras que se los daban, no cesaba de decir: Yo he celebrado la Colecta con mis hermanos, porque soy Christiano. Yo he celebrado tambien el dia santo del Domingo, porque soy Christiano: he asistido á la Colecta lo mas devotamente que he podido, y quiero que se sepa. Esta generosa confesion le mereció ser puesto en cadenas con los demas Christianos que le habian precedido.

El joven Saturnino, digno del nombre, y de la qualidad de hijo del anciano Saturnino, aquel Santo Presbytero, y fiel Martir de Jesu-Christo, se apresuró por llenar el puesto de Felix: deseaba con ansia igualar por alguna accion heroica á la virtud de su padre. Preguntóle el Proconsul, como á los demas, si habia asistido á la Colecta. Saturnino no respondió otra cosa sino: Soy  
Chris-

Christiano. No te pregunto eso, dixo el Gobernador; sino si has celebrado el Domingo. Sí lo he celebrado, respondió Saturnino, por honrar á Jesu-Christo, que es el Salvador de los hombres. A esta palabra Salvador, se enfurece Anulino, y hace preparar para el hijo el mismo potro que habia servido de atormentar al padre. Luego que Saturnino fue tendido en él, le dixo el Gobernador: Mira donde te hallas, y piensa en responderme al caso. ¿Tienes algunos libros, á que vosotros los Christianos llamis la Escritura? Respondióle Saturnino: Yo soy Christiano. Insistió el Gobernador diciéndole: Yo solo te pregunto, ¿si has estado en la Colecta, y si tienes esos libros? Pero Saturnino respondió otra vez: Soy Christiano: despues del sagrado nombre de Jesu-Christo, el mas santo es el de Christiano. Puesto que no quieres dar otra respuesta, dixo el Gobernador, es necesario ver si los tormentos te hacen hablar de otro modo mas al caso. ¿Dime, pues, si tienes esas Escrituras? Y al mismo tiempo hizo señal á los verdugos hiciesen su oficio. Cansados ya estos hombres de haber atormentado al padre, no dexan de volver á tomar sus instrumentos, teñidos todos en su sangre, que presto mezclaron con la del hijo. Pero esta mezcla sirve de hacer al hijo mas fuerte, y mas animoso. Esta querida sangre, de un padre tan respetable, es como un saludable licor, como un bálsamo precioso, que cura las llagas del hijo, y las quita todo dolor. De suerte, que exclama con  
una



una voz firme, y perceptible: Tirano, yo tengo las Escrituras que me pides, pero es en el corazón; ven, y arráncamelas de allí, si puedes. Señor, Jesus, dadme la gracia de sufrir con paciencia; toda mi esperanza está en vos. Díxole Anulino: ¿Por qué has obrado contra las órdenes de los Emperadores? Respondióle Saturnino: Porque soy Christiano. Parad, dixo el Proconsul á los verdugos: que vaya á la prision á aguardar su destino.

Entretanto iba ya insensiblemente anocheciendo, y la crueldad de los verdugos iba desmayando por no tener nuevos tormentos que la excitasen. Al contrario el ejército del Señor, al qual proveía Jesu-Christo sin cesar de armas celestiales, animado con la presencia invisible de su Cabeza, cada instante estaba más dispuesto á combatir, y á vencer. Por lo qual, rendido ya tantas veces el mismo Proconsul, abandonado de la luz del dia, y sorprendido de la obscuridad de la noche, no pudiendo por otra parte contar mas con el vigor de sus ministros, que no estaban menos cansados que sus instrumentos, no atreviéndose á meterse mas en cuestiones particulares, que tan mal le habian salido; éf mismo, teniendo tantos motivos para desear á lo menos una tregua, quiso mas entrar en una especie de negociacion con esta invencible tropa (1), que exponer aún su reputacion, y su honor; y habló

(1) Eran todavía mas de quarenta.

á todos los Confesores, que restaban, en estos términos: Vosotros habeis sido testigos, les dixo, de los tormentos que hemos hecho sufrir á los que han tenido la temeridad de resistirnos; y podeis poner los ojos sobre los nuevos suplicios que les preparamos, en caso que insistan en su impiedad, y desobediencia. Y así ahora teneis lugar de ver si quereis experimentar la misma fortuna, ó si gustais mas de tener recurso á nuestra clemencia; pero con tal que.... A cuyo tiempo, mas de quarenta voces, que solo componian una, interrumpieron al Proconsul al llegar á este lugar de su harenga. Llenos estos Santos de alegría, y de pensamientos de la eternidad, y aun mucho mas animados por el impulso del Espíritu Santo, que por las palabras del Proconsul, exclamaron: Nosotros somos Christianos. Fue este para Anulino un trueno, que lo aturdió, lo derribó, y lo enmudeció. Ya no pudo hablar mas, sino lleno de confusion, y de rabia los envió á la carcel, destinándolos á todos desde este momento á la muerte.

No se señaló menos en esta ocasion el sexô devoto, que el nacido para la guerra; y el ilustre coro de Vírgenes no le quiso ceder en valor á la valiente tropa de Confesores. Combatió Victoria; y la gloria que alcanzó, fue la de todas las mugeres. Victoria, pues, flor de las Vírgenes, de una sangre noble, de una piedad exemplar, y de una pureza de costumbres incomparable: Victoria, cuya frente siempre cubierta de un honesto pudor, parecía ser el trono de la cas-



castidad ; y cuya excelente belleza de cuerpo, no era sino un ligero diseño , y una tosca idea de la del alma , desde su mas tierna juventud mostró en sus acciones una casta severidad , que en cierto modo era un presagio del martirio que habia de padecer algun dia. En fin , como llegase á aquella edad , que la naturaleza tiene señalada para el matrimonio , queriéndola obligar sus padres á casarse , y el electo esposo la instase á dar su consentimiento , quiso mas entregarse á los brazos de la muerte , que á los de un joven amante ; porque se precipitó de una ventana abajo ; pero los vientos , por orden de su Criador, la recibieron en sus alas , y la pusieron dulcemente en tierra. De este modo la que habia de morir por Jesu-Christo , Rey , y Esposo de las Vírgenes , hizo como una especie de ensayo , exponiéndose á una muerte casi cierta , por conservar su virginidad. Preparábase desde entonces á coger algun dia nuevos laureles regados con su sangre. Hallándose , pues , sin herida , y viéndose libre del molesto humo de la hacha nupcial , y de las importunas instancias de sus padres , y de un marido , corrió á la Iglesia, asilo de la pureza , refugio de las vírgenes , puerto donde el pudor está en seguridad , y allí por un voto de castidad perpetua , consagró á Dios la mas hermosa cabeza del mundo. (1) Apresu-

(1) Las Vírgenes de Cartago , y de las Galias , quando se consagraban á Dios , no cortaban sus cabellos ; pero las de Egipto , y de Siria se los hacian rasurar.

rándose , pues , entonces por llegar á la muerte, que deseaba con pasion , llevaba en una mano la palma de la virginidad , y alargaba la otra para recibir la del martirio. Porque habiéndola preguntado el Proconsul , qué Religion era la suya : Soy Christiana , le dixo. Presentóse á el mismo tiempo el Senador Fortunaciano , su hermano , y se ofreció á dar prueba de que su hermana estaba loca ; mas ella mostró tanta prudencia en sus respuestas , que no fue necesario mas para destruir esta vana , é injuriosa acusacion. Esto fue lo que obligó al Proconsul á preguntarla si se quería volver con su hermano : pero ella respondió que no ; porque yo , dice , soy Christiana , y mis hermanos son solos aquellos que guardan los Mandamientos de Dios. En fin, despojándose el Proconsul por algun tiempo de la dignidad de Juez , descendió hasta hacerse suplicante. Emplea , pues , las palabras sumisas con Victoria ; pero esta generosa doncella le respondió con una constancia , que le hizo en breve volver á tomar su ferocidad natural , y la seriedad del empleo. En vano os cansais , le dice , en querer alcanzar de mí una cosa que no tengo ánimo de concederos. Ya os lo he dicho : yo soy Christiana ; he asistido á la Colecta , y he celebrado el santo dia del Domingo. Entonces Anulino , revistiéndose de su crueldad , que le sentaba mejor que aquella humanidad fingida , y forzada , envió á la carcel á la Santa Martir de Jesu-Christo , para aguardar allí con los demas



la sentencia de muerte, que pronunció contra todos pocos días despues.

Ya no quedaba mas que el niño Hilarion, que en edad muy tierna mostraba una piedad, que nada tenia de los de su tiempo. Era este el último hijo del Presbytero Saturnino. Habia visto á su padre, y á sus hermanos salir victoriosos de las contiendas, y disputas del combate, y aspiraba á la misma gloria tambien. Mostró, pues, mucho menos temor, que desprecio, por las amenazas del Tirano. Y así quando se le preguntó, si habia acompañado á su padre, y á sus hermanos á la Colecta, se oyó una voz sutil, que publicaba la unidad de un Dios, y la verdad de su Religion, diciendo: Yo soy Christiano; es verdad que he estado en la Colecta, pero ha sido de mi voluntad, y sin ser forzado. Sin duda hubiérais creído oír la voz del padre salir de la boca del hijo, y la de los dos hermanos mayores comunicarse al órgano de su hermano menor, y reunirse todas quatro en una sola para confesar la Divinidad de Jesu-Christo. Pero el Proconsul, no comprehendiendo que es el mismo Dios el que lucha en los Mártires, y que eleva el alma de un niño sobre las débiles fuerzas de su edad, le amenazó con aquellos pequeños suplicios con que se suele castigar á los niños. Pero este no hizo mas que reirse. Yo te haré cortar las narices, y las orejas, le dixo el Proconsul, y te enviaré de este modo. A esto respondió frescamente el

pequeño Martir: Eso bien lo podeis hacer, pero yo soy Christiano. Disimulando el Proconsul su rabia, lo envió á la carcel; y al entrar en ella dixo Hilarion, con un ayre alegre: Señor, os doy mil gracias.

## ACTAS

DE SANTA AGAPE,  
SANTA IRENE, SANTA QUIONIA,  
SANTA FELIPA, SANTA CASIA,  
Y SANTA EUTIQUIA, MARTIRES;  
Y DE S. AGATON, MARTIR TAMBIEN. (1)

*Sacadas de Surio, y de Baronio.*

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano,  
y de sus Colégas.

**T**eniendo Dulcecio su Audiencia en Tesalónica, dixo el Escribano Artemesio: Aquí hay una informacion enviada por el Estacionario, y hecha por él contra seis mugeres Christianas, que están aquí presentes, y un hombre que la trahe. Si vuestra Grandeza gusta la leeré. Díxole Dulcecio: Leed la informacion. El Pensonio

(1) El dia primero de Abril.